

Paris, Julio 28 de 1870.

MARIA APRECIADA:

Desde mi última que te dirigi de Roma hace algunos meses, hablando de mis impresiones de Nápoles y de Pompeya, no habia tenido el gusto de dirigierte otra hasta la presente que te escribo poco tiempo despues de haber llegado á esta ciudad.

Mi venida á ella tiene por objeto ver la Exposicion del palacio de Industria que se verifica anualmente, abriendo sus puertas en el primero de Mayo.

El dia 22 del referido llegué á Paris,

posando en el hotel *Sainte Marie*, situado en la Rue de Rivoli.

Inútil es decir que las impresiones que se reciben de la gran ciudad son siempre nuevas y cada vez que se llega á ella, si no son las de la primera sorpresa, se gozan sin embargo de otras muchas que no se percibieron en la primera vista.

Paris es como un amigo, que si causa placer haber hecho conocimiento con él, en las siguientes entrevistas, con la confianza que engendra la amistad, aumenta ese placer y se hallan nuevos encantos en verlo y establecer la intimidad, así es la ciudad de Paris; cuantas mas ocasiones se mira, mas y mas gusta por su bellissima situacion y esa atmósfera riente y de luz que la rodea.

Yo llegué en la noche, y al otro dia, á las cinco y media de la mañana, como que ya asomaba el sol por el horizonte y el fresco convidaba á salir á tomarlo á la calle, salí volteando por la Rue Vivienne y entré á los Boulevards

Monmartre, Poisoniere, Italianos, hasta la Magdalena.

Me detuve en el mercado de flores y ahí noté la tendencia de los parisien- ses por renovar sus tiestos en las habi- taciones de sus casas, cosa que practi- can casi diariamente y, como amantes de lo bello, profesan un verdadero culto por aquellas bellas hijas de la natura- leza.

Yo creo que en lugar de haber titula- do á la ciudad con el nombre de Paris, le habria cuadrado mejor con el de las flores, porque sus habitantes viven entre ellas, aspiran su aroma y por do quiera que se gira, no se miran en los paseos y en las plazas otra cosa sino flores.

¿Acaso éstas inspiran al pueblo de Francia para ser un pueblo eminentemente artista y que su ojo no perciba por todas partes y en todas las mani- festaciones de la industria y del arte, sino el buen gusto, la armonía y la es- tética con todos sus encantos?

En mis cartas relativas á mis impre-

siones de Paris, recordarás que te hice mencion del buen gusto que tienen los parisien- ses en todas sus manufacturas, en la forma de sus edificios y en el gran efecto que dan á sus monumentos, sus jardines y paseos, que en todo entra el arte y que nada, absolutamente nada, hacen sin consultarlo.

Como sería una segunda edicion de mis impresiones las que intentara refe- rirte esta vez, y ésto sería abusar de tu paciencia, hablemos de la Exposicion de Bellas Artes, que se da actualmente en el palacio de Industria situado en el lado izquierdo de los Campos Eli- seos.

Despues de haber dado un paseo algo prolongado hasta el Arco de la Es- trella, haber contemplado los bajo-re- lieves de éste que recuerdan los triun- fos de las armas francesas y las glorias de Napoleon I, como ya iban á dar las diez de la mañana, me encaminé para la avenida de la Exposicion y llegué á la gran plaza que queda frente á la fa- chada del palacio. En el centro de ésta

se elevaba un monumento conmemorativo, que consistía en una columna con varias estatuas en los ángulos de su pedestal y otra que coronaba el capitel: coronas ornaban los lados de aquel y lemas encomiásticos á los jefes que habían batido á los españoles en las aguas de Chile, se miraban en todos los espacios.

¿Cómo está esto? exclamé yo al ver aquel monumento que conmemoraba una victoria ganada por los chilenos, erigido en los Campos Eliseos y frente al palacio de la Exposición? ¿Y cómo es, añadí, que yo he oído decir á los españoles, que la escuadra española bombardeó el puerto de Valparaíso y allí se ciñó Fernán Núñez los laureles de la victoria?

Enigma es éste, que en los momentos que borrono esta carta, no he podido descifrar.

Los chilenos dicen que triunfaron y por eso mandaron construir ese monumento que hoy está en exhibición en París, donde lo han ejecutado, y no ha-

biendo sido así, ¿cómo habían de tener el descaro, la audacia de colocar, áun temporalmente, ese monumento que pondría en ridículo á su patria, en el centro y en una de las plazas más públicas de la Metrópoli de Francia? y el gobierno francés, ¿cómo lo había de permitir?

Ambos contendientes dicen que triunfaron; esperemos á que el tiempo nos diga la verdad.

Penetré, finalmente, al interior del gran patio del palacio de Industria que es espacioso, cubierto de cristales, ornado por todos sus lados de flores y arbustos é iluminado de un raudal de luz.

Multitud de asientos se veían ocupados por damas y caballeros que, ó se recreaban en las flores, ó dirigían la vista y los lentes á las estatuas de yeso y mármol que tenían enfrente; grupos pedestres caminaban igualmente, examinando las esculturas consistentes en figuras aisladas, en bajo-relieves, en grupos de dos ó tres personajes bíblicos,

mitológicos ó de costumbres, jarrones y otros objetos del arte escultórico.

La belleza del sitio convidaba á detenerse en él, ya por ver los objetos artísticos colocados allí en combinacion con los ramilletes de flores y los arbutos y ya por esos otros objetos animados, que arrastrando una falda de raso ó de grós, lucian sus encantos, alternando la coquetería francesa con la sal andaluza y la gracia americana.

Mucho tiempo permanecí en este lugar encantador y, deseoso de llegar al departamento de las pinturas, subí por una de las grandes escaleras y me dirigí al primer salon que ostentaba algunas decenas de cuadros de todas dimensiones.

Me detuve allí para comenzar á contemplar uno á uno los cuadros que tenía delante.

Veía obras de Gerome, Bouguereau y otros muchos artistas franceses, y también de pintores alemanes, ingleses, e pañole; y de otras nacionalidades.

Como la representacion de unas y

otras escuelas estaba inmediata, se podía hacer con facilidad la comparacion de sus respectivos caracteres y deducir consiguientemente sus ventajas y sus defectos.

Siempre, como te dije la otra vez, cuando te hablé de la escuela francesa, soy poco partidario de ella por mas que admire las demás cualidades que la distinguen en diseño, claro oscuro y audacia en desarrollar grandes inspiraciones; falta el color en ella, las actitudes en las figuras son teatrales y la idea en sus composiciones es un poco exajerada y algunas veces llevada á la caricatura.

Por ejemplo, en un cuadro que figura en la actual Exposicion, que representa la Degollacion de los Inocentes de Doré, se puede decir que el estilo fué conducido hasta la aberracion; se quiso manifestar una libertad y franqueza sin límites, y se cayó en la extravagancia: allí no hay ese mecanismo fluido, gracioso y verdaderamente libre, cuyas pinceladas encierra cada una, una

res. La entonacion es mediocre, aunque el cielo es de azul de Prusia y demasiado chillon; pero el efecto total es atractivo y el conjunto, de aspecto clásico y grandioso.

En el salon inmediato al en que estaba el cuadro de que acabo de hablar, ví una preciosa composicion que representa la «Educacion de un príncipe», por Zamacois, notable pintor español; verdaderamente es agradable el desarrollo de la escena, que la constituye la niñera que de pié en el centro de un salon régio, cuida á un príncipe que á gatas, rueda unas bolas sobre unos batallones de soldaditos de zinc, rodeados de un semicírculo de cortesanos entre los que se mira á un cardenal en primer término, que con sus compañeros, inclinados, admiran la *incomensurable* habilidad de que un niño de catorce meses pueda atinar al grupo y derribar alguno que otro muñeco.

Es conocido el sentimiento de ironía y de critica que conducen constantemente los pinceles de Zamacois en cual-

quiera de sus concepciones artísticas, y por eso no se debe extrañar que en los personajes de este cuadro, estén bien acentuados los caracteres de la mas degradante abyeccion en afectar admiracion por lo que pueda hacer no solamente el hijo del rey, sino aun el de cualquiera hombre del pueblo; pero en tratándose de un sér privilegiado y del que se espera algo, la lisonja y la vil adulacion, se posesiona hasta de los honbres mas respetables.

La composicion del cuadro es gustosa hasta el extremo y campean en ella las dotes de la escuela española en buen color y realismo, así como en la parte mímica de los personajes.

Una gata con sus gatitos es lo más simpático que se puede ver en uno de los salones. Está la madre echada sobre un cojin de brocatel color de yesca; dos gatitos maman y otros retozan alegremente. Este cuadrillo tiene una gran verdad y su mecanismo es fino hasta el extremo: esta pintura parece pertenecer á la escuela alemana.

Pero como no se trata de hacer un juicio crítico de los salones de la Exposición de 1870, vaste con lo poco que he dicho sobre algunos cuadros, y únicamente terminaré diciendo: que la colección llegó este año á cerca de tres mil, y en ellos habia de todo, bueno y regular, figurando entre las obras presentadas, algunos nombres respetables que no entraron al concurso.

Diariamente concurría yo á la Exposición, como que ese era el principal objeto que me habia llevado á Paris y como tenia tiempo para todo, hacia tambien mis visitas al Louvre, el Louxembourg y Versailles, porque lo que me importaba principalmente, era adquirir caudal en el arte ya que esto me habia traído á Europa.

No escaseaba tampoco mis patacones para ir á los teatros y á donde quiera que habia alguna cosa notable, pues era necesario verlo todo, disfrutar de todo lo que habia y entrar en conocimiento con las novedades de todo género.

Como aun así me sobraba tiempo, entre á una academia particular donde se reunian una veintena de aficionados y artistas para estudiar por las mañanas el natural desnudo de hombre y de mujer.

Así las cosas, y cuando andaba yo engolfado en las ocupaciones y distracciones que he mencionado, surgió una gran novedad en Paris que repercutió en todos sus ámbitos: ¡Se ha declarado la guerra á Prusia!

Inmediatamente y como por encanto, hubo un movimiento en las transacciones comerciales; se verificaron alzas y bajas en la bolsa y en los bancos, y esas palabras eran el tema de las conversaciones de los cafés, de los restaurants, de las calles y de las plazas; á la quietud que ántes se disfrutaba en Paris, sucedió una conmoción en los ánimos y la ebullición de las pasiones comenzó á hacer su efecto pronunciando unos la palabra: "¡guerra á la Prusia!" y otros, "conviene la paz."

Pasaron unos pocos días, y todo volvió á la calma.

¿Qué hubo de la declaracion de guerra?

Nada, todo se convirtió en humo; no se volvió á hablar una palabra; los ánimos se tranquilizaron y todo retrogradó al orden y á la quietud.

No sé qué cambio se operaría en las regiones oficiales para que hubiera desaparecido el fantasma que amedrentó al pueblo de Paris; muchos lo ignoran, y yo en mi calidad de extranjero, y ocupado en atenciones ajenas á la política, lo ignoro mucho mas.

Dormiamos el sueño del justo, cuando, zaz!

Volvió á aparecer el fantasma de nuevo, huyó de nuevo la tranquilidad; la situacion se atirantó y todo lo que ántes habia sido una comedia, ahora fué una realidad: ¡Francia estaba envuelta en una guerra; ella la habia declarado á Prusia en toda forma y el paso estaba dado!

¡Vencer ó morir!

Inmediatamente que Napoleon III cometió la incalificable torpeza de arrojar el guante á la Prusia, que humilló hace apénas dos años al Austria, dispuso organizar la guarnicion de Paris para aprestarla al combate y hacerla salir á los dos dias á la frontera: iguales disposiciones practicó con las demás guarniciones de los Departamentos y las Divisiones que estaban en cuartel, para que todos afluyeran á Paris y de aquí partieran inmediatamente á la frontera.

En efecto, verificó su salida la guarnicion de esta ciudad por las calles más céntricas, pasando por el Boulevard de Sebastopol hasta la estacion de Strasbourg, entre la descarga mas cerrada de flores y coronas, entre el atronador grito de «¡Viva la Francia, á Berlin!» «¡Sí, respondian los soldados coronados y con triples coronas ensartadas en las bayonetas, á dar un paseo á Berlin!»

De las aceras, de las puertas y balcones y de todas partes, se agitaban pañuelos, se cantaba la Marsellesa por

diez mil voces; las boca calles estaban obstruidas de carruajes con pirámides de hombres que agitando un pañuelo ó una bandera gritaban: ¡«Viva la Francia, muera la Prusia, á Berlin!»

En tanto, Paris se agitaba todo entero como un sólo hombre; las palabras «á Berlin, á dar un paseo á Berlin,» salian del centro del Boulevard de Sebastopol y corrian por todos los antiguos boulevards, por los nuevos del Príncipe Eugenio y el de Magenta; per el de Hassan y hasta por las callejuelas mas remotas, como un huracan, como el viento mas sutil que se introduce por las menores aberturas.

Paris el dia 22 de Junio estaba loco, estaba ébrio de venganza..... pero no él, su emperador, sus generales, algunos senadores y diputados que orgullosos de la supremacia que ejercia la Francia sobre todas las naciones y que en todo ponia su veto, la Prusia les hacia cosquillas, la Alemania les hacia sombra con la batalla de Sadowa y querian aplas-

tarla y hacer con ella un simulacro como el que habian hecho con México.

Las batallas que se han dado en estos dias hablan muy alto si Francia hace con Alemania lo que quiso hacer en ultramar ó lo que apenas pudo hacer gracias á los traidores.

La primera salida á la frontera la inició, como dije ántes, la guarcion de la ciudad y despues, al paso que llegaban las fuerzas de los Departamentos diariamente, marchaban á la campaña con el mismo órden hasta rematar el octavo dia que, salió la última division.

Se deja entender que cada dia, estaba de fiesta Paris á la salida de sus tropas y en cada uno se repetian las mismas demostraciones de entusiasmo; pero no ya solamente á la hora de la salida, sino á todas las del dia; se veian franceses borrachos por las calles, que sobre una carretela de plaza y con una bandera, medio bamboleándose, iban cantando la Marsellesa con el entusiasmo que es posible imaginar, inspirado por los humos del alcohol, cuyos gorgoritos

daban un carácter de primadona en su garganta, como cuando una de éstas vocaliza la ária de Hernani ó alguna de las de la Semíramis.

¿Qué mas? no contentos con entonar la Marsellesa y con gritar vivas á la Francia y mueras á Prusia, fijaban caricaturas del tamaño natural para zaherir á los prusianos.

Hoy ví una en cierta calle, colocada junto á una tienda, que, francamente, es ingeniosa porque es muy significativa y llama la atención por sus dimensiones: se mira en ella un soldado francés que con su fusil apunta á la Aguililla prusiana que viene cayendo ya medio desplumada.

¿No te parece la idea ingeniosa y significativa?

Pues así, por este estilo: con la inventiva que tienen los franceses, debes figurarte las muchas caricaturas que habra colocadas en diversos puntos.

Cuando se hizo el primer reconocimiento por los prusianos, y que Napoleón llamó pomposamente batalla de

Sarebruk, habias de haber visto lo huecos que se pusieron los franceses por este primer triunfo: decían "que era imposible que el ejército francés perdiera una sola batalla en el mundo; que estaba acostumbrado á vencer en todas partes."

La proclama que amaneció fijada en todos los lugares públicos, suscrita por Napoleón III: decía. "que ya se habia ganado la primera batalla al enemigo de la Francia, y que el príncipe (su hijo) habia recibido en ella su primer bautismo de sangre."

Esta borbotada de Napoleón hizo gracia no sólo á los mexicanos que la leímos, sino á los mismos franceses enemigos del imperio, que se reían desdenosamente y menospreciaban á su autor.

Al transmitirte mi testimonio sobre la honda impresion que han causado en los habitantes de París las sucesivas derrotas que han sufrido sus ejércitos, no esperes que te narre paso á paso la historia de la guerra, pues ésta no es